

Economía, violencia y Cultura de la Paz¹

Néstor O. Míguez

La actualidad del tema

Si uno pone en un buscador de Internet el siguiente script: cultura + economía + violencia, encontrará más de 15. 600.000 entradas en el buscador en español y 112 millones en inglés. Más de un millón de estas entradas corresponden a artículos académicos. Muchos libros se han publicado sobre distintas facetas del tema, tanto que resulta casi imposible componer una bibliografía abarcadora sobre el tema. Sin embargo, si en el mismo buscador uno añade la palabra “teología”, verá como el número se reduce significativamente a apenas un diez por ciento, y a solo el uno por ciento si se busca específicamente sobre teología cristiana. Una lectura somera permite ver que la mayoría de estos estudios son estudios de caso, vinculados con agresiones étnicas, sexuales u otras formas de violencia explícita claramente percibida. Más estrecho es el horizonte cuando se agregan al buscador conceptos como globalización, mercado u otros indicadores del sistema económico en tanto tal. Tales artículos, que tratan de ubicar la dimensión universal de esta temática, sin embargo, se encuentran enmarcados, en su mayoría en las teorías casi marginales a las corrientes dominantes de la teología contemporánea: aparecen en contexto de la preocupación ecológica en las llamadas “teologías de la liberación”, especialmente en la “poscoloniales”.

Esto refleja que en la mente de muchos, de la mayoría de los cristianos, incluso de los teólogos que reflexionan sobre los temas profundos de la fe, son como temas aparte, o solamente vinculados por elementos contingentes. Douglas Meeks ha sido uno de los pocos que han mostrado que este olvido termina por dejar de lado aspectos sustanciales de nuestra comprensión teológica, incluso en temas tan “abstractos” como lo es nuestra comprensión de la doctrina trinitaria (Meeks, 1989). Como bien ha demostrado G. Agamben, la misma concepción económica y política de Occidente ha sido informada por las discusiones teológicas dentro del cristianismo (Agamben, 2011). La necesaria “autonomía de lo temporal” ha jugado en contra de sus propios orígenes en el pensamiento cristiano, especialmente desarrollado a partir de la Reforma protestante del Siglo XVI. Una ética política y económica hoy nos exige reconocer a la vez la autonomía relativa como la inevitable tensión constitutiva que tiene lo teológico con la política y la economía².

Como un matiz fundamental, quisiera destacar (cosa que no está ausente en los autores citados) que no podemos incursionar en estos temas, y menos en el mundo de hoy, sin considerar de qué manera la violencia se ha transformado en un arma al servicio del dominio económico, en la construcción del Imperio del capitalismo financiero tardío que hoy se trata de imponer, no sin resistencias, como patrón universal (en los dos sentidos de la palabra “patrón”: modelo a seguir, y dueño y poder). En realidad esto no es nuevo. Ya el historiador griego Polibio señalaba a Roma como imperio por su “afán de dominio con fin de expoliación”³ Economía y violencia,

¹ Este artículo fue publicado originalmente en inglés en el libro: *The Economy of Salvation*. J. Moltmann, T. Eberhart y M. Charlton (eds.). Eugene, Or, Cascade Books, 2015.

² Para un breve desarrollo de este tema, tanto desde el punto de vista histórico como para su pertinencia para el día de hoy, ver José Míguez Bonino (1983).

³ Para un desarrollo de este tema se puede leer Musti (1978).

tanto desde nuestro punto de vista teórica como desde nuestra vivencia como parte del “Tercer Mundo”, como alguien que ha vivido las alternativas y represiones en América Latina, son temas profundamente vinculados. La violencia no aparece como un elemento “natural” en cualquier parte, si no hay un espacio económico, político y cultural que la controla, la admite o la incita. La violencia, en términos de la violencia humana, es siempre cultural, nunca “natural”. Los actos humanos son mediados por esquemas simbólicos, por dimensiones discursivas que le dan sentido, justificación, presencia, y que los proyectan como datos históricos. La naturaleza no es “violenta” en términos valorativos; solo el ser humano distingue, por sus valores, los actos “violentos” de los que no lo son. Lo religioso no está exento de este síntoma: existe una violencia simbólica en la cual lo religioso juega un papel destacado, sino misma fundacional (Girard, 1979).

Cultura y violencia

En una presentación esquemática, dada la brevedad de este ensayo, queremos señalar algunos elementos que nos orienten en el tratamiento de la relación violencia-cultura. Por supuesto, la bibliografía sobre este tema es casi infinita, sea desde la antropología, el psicoanálisis, la historia social, la sociología, las ciencias políticas, etc. Me limito a destacar algunos aspectos significativos para nuestro tema. En ese sentido partimos de la afirmación que la cultura “contiene” la violencia:

⇒ la “contiene” en tanto establece formas, reglas e instituciones para limitarla, o sublimarla.

⇒ la “contiene” en cuanto las culturas incluyen formas toleradas y hasta estimuladas de violencia.

⇒ por lo tanto, pensar una ‘cultura de la paz’ significa buscar las formas culturales que puedan actuar como contenedoras de violencia en el primer sentido, y disminuir su contenido de violencia en el segundo sentido.

A partir de este sentido planteamos otras premisas para tratar el tema:

⇒ Cultura y economía no son espacios independientes. La idea que postulan algunos economistas de que la economía es “natural”, que tienen leyes propias “a-valorativas”, libres de la intervención de cuestiones éticas, es totalmente falsa. Un claro ejemplo de ello es el régimen de propiedad y la forma en que Occidente, desde Aristóteles, Tomás de Aquino o John Locke vinculan propiedad y libertad. Las leyes expresan relaciones cultural y éticamente establecidas, así como relaciones de poder entre los distintos sectores de una sociedad. Las prácticas económicas (entre otras) en una sociedad establecen una “matriz” de conductas socialmente permitidas que, en la realidad, van más allá de las leyes. Establecen *habitus* y modos de relacionarse (prácticas clientelares, fórmulas de cortesía, etc.). También la corrupción es un espacio “cultural-económico” donde se manifiesta especialmente la violencia.

⇒ la economía, por su función particular en la subsistencia y reproducción de la vida humana (la vida física, cultural, social) importa una singular carga en los modos de la violencia.

También queremos limitar, en una aproximación puramente funcional a este ensayo, qué llamamos violencia.

En una definición amplia podemos decir que violencia es toda aquella acción, física o simbólica, ejercido en uso de cierto poder o fuerza, de una persona, sector, grupo o institución social que fuerce la voluntad de otro y ponga en riesgo la integridad y la vida de otro (o eventualmente de sí mismo), fuera de las causas naturales.

⇒ La ley distingue, justamente, entre “muerte natural” y “muerte violenta”, siendo la segunda juzgable. Sin embargo, la distinción también es culturalmente establecida: morir de hambre en el desierto es “natural”, pero es “violencia” si muere de hambre un niño en una ciudad. En este segundo caso el alimento está disponible, pero se imponen barreras conductuales (físicas, simbólicas, legales) entre la persona y el alimento. Si una madre muere en el parto es “natural”, y no se acusa al niño de homicidio. Pero si están los recursos hospitalarios para evitarlo y no se hace, entonces sí hay un hecho juzgable, “violento”. Pero también la ley, como bien lo descubrió el apóstol Pablo, en sí misma, puede ser violenta o posibilitar la violencia cuando, de su ejercicio, se sigue la disminución de la calidad o el riesgo de la vida de otros. Como la cultura, se puede decir que la ley “contiene la violencia”.

⇒ También la economía incluye formas de violencia. Desde que se encarga de la producción, distribución y disposición para el consumo de los bienes necesarios para la vida, si esa producción y distribución, o si las formas del consumo, ponen en riesgo la vida de algunos seres humanos a expensas de otros, se puede decir que es un “regulador” (en términos técnicos: admite o controla) de la violencia.

Así distinguimos tres formas en que se establece esta relación entre economía y violencia:

1. Una violencia intrínseca al sistema económico. Si la violencia es ejercer conductas que pongan en riesgo la vida de otros, aquellas formas de economía basadas en la acumulación de recursos por parte de un sector y negándoselos a los demás contienen en sí mismo un factor de violencia. Abundamos en esto: Si un grupo humano es “pobre” en conjunto, y todos experimentan carencias similares, aun cuando todos sufran, el hecho de que nadie sustraiga los bienes necesarios para la vida de los demás, no nos permitiría hablar de violencia. Pero si los bienes necesarios para asegurar la vida del conjunto existen, y unos se los niegan a los demás (sea cuales fueran las formas y justificaciones), esto supone un substrato de violencia, que puede actualizarse como violencia física o regularse como violencia simbólica.

En el mundo globalizado de hoy, donde ya no existen “economías cerradas” sino que el mundo entero es visualizado como un único campo económico interconectado, e incluso se insiste en la posibilidad de un mercado total mundial, cabe señalar entonces que, en la medida en que la distribución es inequitativa (y ello es inherente al actual sistema capitalista financiero) se genera una violencia intrínseca al sistema a nivel global. Cito “in extenso” a Juan Torres López, un economista español del grupo “Economistas por la Paz y la Seguridad” (<http://www.eumed.net/paz/index.htm>)

“Estados Unidos se impone como una nación indispensable, como el núcleo de donde han de partir las decisiones y las reglas económicas que los demás han de obedecer. Con el 5% de la población mundial consume casi el 50% del total mundial de gasolina y se apropia también de la mitad de la riqueza que se produce en el mundo. Crea así un dominio imperial que no todo el resto del mundo está dispuesto a aceptar cuando se traduce en injusticias, en sufrimiento, en miseria y en desigualdad creciente. La consecuencia es el mundo asimétrico en el que vivimos, en donde el 1% más rico disfruta del 57%

*de los ingresos mientras que al 80% más pobre sólo le corresponde el 16% de la riqueza. Esas son las condiciones en las que, queramos o no, está surgiendo un clima generalizado de violencia. La respuesta dominante es, sin embargo, la de apretar el acelerador de las reformas que fortalecen el mercado, reducir los gastos sociales, disminuir la protección de los excluidos y fomentar el trabajo que envilece y lleva directamente a la pobreza y a la exclusión a cientos de millones de familias en todo el planeta. Es decir, una auténtica economía de guerra en la medida en que crea la violencia de la necesidad”.*⁴

Los datos estadísticos que presenta el informe de Naciones Unidas sobre economía y pobreza son igualmente dramáticos. No podemos en esta breve ponencia entrar en todos los detalles e implicancias que tiene esto; valga como enunciación del problema. Pero de ello se sigue que el problema de la violencia no es un problema solo de pobreza o marginación social (la violencia es ejercida por los pobres) sino fundamentalmente un problema que se genera en la distribución del ingreso. Por eso, aunque África es el continente más pobre, no es el más violento en términos de violencia callejera, criminalidad o violencia doméstica (otra cosa es la violencia política o racial, que reconoce otros motivos concomitantes). América Latina, que tiene mejor “per cápita” que Asia y África presenta, en esos campos, mayor índice de criminalidad. Pero es, además, el continente donde se registra la mayor polarización entre ricos y pobres, la distribución más recesiva del ingreso. La hipótesis que sostienen la mayor parte de los estudiosos de criminalidad en América Latina es que el aumento de la violencia delincinencial proviene, justamente por la proyección a la sociedad de esta injusta distribución de la riqueza, donde la privación convive con el derroche. A eso hay que agregarle el tema de la proliferación del narcotráfico, que también tiene un concomitante esencialmente económico. La conformación intrínseca del actual capitalismo global estaría así a la base de la segunda forma de esta relación entre economía y violencia.

2. Una violencia que aparece como extrínseca al sistema económico, pero vinculada al mismo. Como esto es un tema de arduo debate, incluso en los estudios sociales que se están desarrollando sobre criminalidad,, me remitiré extensamente a un estudio hecho en Chile, pero que se puede aplicar, con mínimas variantes, a toda América Latina. Leo algunos párrafos significativos.

“El impacto de las crisis económicas mundiales tiene innegables repercusiones en las formas de expresión de la delincuencia común, en particular en las áreas ecológico-económicas más directamente ligadas a la economía mundial capitalista. Del mismo modo, el tipo de economía, en nuestro caso la economía neoliberal, que limita la acción benefactora del Estado hacia la población en extrema pobreza y pobreza, descartándose cada vez más la posibilidad de implementar una estructura de oportunidades más permeable. Efectivamente y en términos cuantitativos, fue posible demostrar estadísticamente que en Chile, entre 1974 y 1990, se triplica la población penal (Cooper, 1994), aumento que

⁴ Juan Torres López (2004) . Se puede señalar que las cifras actuales (2019) muestran una mayor agudización en la desproporción en la distribución de bienes y servicios. Y una mayor acumulación de riqueza.

sostenemos como asociado a la crisis económica mundial de 1980-82 y a la implementación del sistema económico neoliberal a ultranza en nuestro país, a partir de la década del 80.

En segundo lugar, debemos destacar algunos aspectos de una nueva proposición teórica criminológica que hemos elaborado, la que complementa nuestra teoría del continuo subcultural de la delincuencia, relativa a que la delincuencia común del hampa, es decir, la contracultura de los ladrones de clase baja, se constituye en una particular expresión de una economía contracultural ilegal alternativa a la economía normativa. Es en esta economía contracultural ilegal alternativa del hampa, donde el lumpen proletariado y los marginales y marginalizados, encuentran roles laborales alternativos que permite que esta contracultura del hampa, que se sustenta sobre un sistema económico alternativo e ilegal, se encuentra vigente no sólo en Chile sino en toda América Latina y en todos los países en donde el sistema económico normativo neoliberal resulta incapaz de incorporar al lumpen proletariado y a los marginales [...]

.... En segundo término, en el marco del análisis comparativo de los condenados de sexo masculino de la Región Metropolitana (Gran Santiago), podemos observar que la cuenta del daño económico realizado por condenados de clase media (40 casos) que han cometido delitos contra la propiedad, alcanza la suma de 41 mil 365 millones 428 mil 797 pesos chilenos, lo que significa un daño económico individual de 1.034 millones 135 mil 719 pesos, en tanto los condenados de estrato bajo (1.959 casos) suman un total de 1.285 millones 569 mil 968 pesos en daño económico, lo implica un total individual de 730.437 pesos por persona condenada, según cálculos en dólares, 1997.

(1415 veces más).

[...] A nuestro criterio, sin embargo, son los delitos comunes los que más notoriamente dan cuenta (constituyen una medida empírica) de las crisis del sistema económico global y del aumento de la pobreza y la marginalidad social; esto en el marco de la imposición a ultranza del sistema económico neoliberal, incluyendo el papel cada vez menos relevante de un Estado jibarizado, como benefactor. Son estos delitos comunes, contra la propiedad, los que aumentan, dado el incremento de la marginalidad y la extrema pobreza del lumpen-proletariado. Desde nuestro punto de vista, estas formas de desviación se asocian, más bien, a la desesperanza aprendida de los jóvenes marginales pandilleros, y a expresiones de delincuencia, que constituyen expresiones de una economía informal ilegal que facilita la sobrevivencia, en el mundo subcultural de una pobreza sin alternativas".⁵

No desconozco otros efectos de la violencia generada por el narcotráfico, que se nutre, además, del desempleo, los chicos en la calle, y que se potencia en

⁵ **Violencia urbana: la economía informal, alternativa ilegal del hampa y las pandillas poblacionales.** Doris Cooper-Mayr Académico, Departamento de Humanidades, UTEM. Ponencia presentada al XXII Congreso Alas, octubre de 1999.

situaciones de violencia doméstica, las luchas de pobres contra pobres y la violencia en el deporte, entre los muchos que se podrían mencionar, que deben reconocer, al menos en una significativa proporción, su origen en las condiciones económicas generadas en el sistema. No tenemos aquí el espacio más que para mencionarlos. Dada la importancia del fenómeno del narcotráfico, especialmente en los últimos 20 años, coincidente con la implementación más amplia del sistema neoliberal en América Latina (políticas que hoy son revistas por varios de los gobiernos llamados “populistas”: Chávez, Lula, Morales, Fernández de Kirchner, Correa). Esta creciente violencia, establecida en toda América Latina (que es el área que conozco, pero extensiva a todo el mundo) generada por el comercio de sustancias adictivas, ha marcado no solo la cuestión de crimen y violencia, sino que se ha proyectado en todas las áreas de la cultura. Sin entrar aquí en un análisis detallado del tema (que no es mi especialidad), sí podemos señalar varios factores:

- Como se trata de un comercio ilegal, genera un espacio de ilegalidad muy amplio, tan amplio como su importancia económica, y por lo tanto necesariamente vinculado con el delito y el delito violento. Esta marginalidad, obviamente, impactará, entonces, en los espacios marginales, creando una red económica que vive y se desarrolla en los márgenes del Estado, y por lo tanto necesita generar sus propias instituciones (cartels, mafias, etc.) que la regulen.
- al tratarse de un comercio de muchísimo dinero (uno de los primeros a nivel mundial, en cuanto a cantidad de divisas que mueve), este comercio afecta la fluidez de otros. De hecho, los mecanismos de lavado de dinero (que pasa tanto por transacciones comerciales en los llamados “paraísos fiscales” como en inversiones en áreas como deportes, arte, etc.) constituyen procesos de competencia a las economías “legales”.
- Los efectos sociales, especialmente entre las capas más pobres de la población, son devastadores. La erosión de los procesos asociativos, generados por la presencia de un sector ilegal que utiliza la pobreza y a los pobres como su escudo, destruye las redes solidarias entre los mismos. El incremento de la violencia armada y la proliferación de armas de guerra en los barrios humildes, las luchas internas entre cartels, y sus “ajuste de cuentas”, su extensión a la población no directamente involucrada, etc. ha modificado el sentido y modo de trabajo social, de militancia política, de construcción de ciudadanía en estos enclaves. A su vez, aparecen como elevación de índices de inseguridad que alimentan los argumentos represivos, la implantación de estados policiales y la así llamada “guerra contra los pobres”
- A nivel político ha producido una inversión de la lógica económica, en virtud de los juegos de poder en los que se da. Es decir, mientras que en la teoría económica se insiste en que creado un mercado, este toma un funcionamiento autónomo, que existiendo consumidores habrá proveedores, esa lógica se deshace con el mercado de las drogas. Ya que se persigue a los productores, por venir mayormente de países del “Tercer Mundo” (Bolivia, Colombia) en lugar de controlar a los consumidores, ya que en ese caso habría que intervenir fuertemente en la población del mundo afluente, que es donde se da el mayor consumo. El control sobre la producción justifica intervenciones políticas, económicas y aún militares de parte de los países ricos e imperiales, especialmente Estados Unidos de Norteamérica, en los países más pobres. Proceder de manera contraria, es decir, atacar al consumo para desarticular el tráfico de drogas, llevaría a preguntas que unirían economía y cultura: ¿Qué

lleva a una población afluente y culta (nótese el masivo consumo de drogas entre estudiantes de College, artistas y deportistas de fama, etc.) a un elevado consumo de narcóticos? ¿Qué factores psico-culturales, antropológicos y sociales, qué estructuras de personalidad se generan en los países del capitalismo avanzado que llevan a un consumo tan elevado de estupefacientes, que llegan a constituir uno de los más grandes sectores de mercado mundial transnacional? Seguramente son factores distintos que los que desatan el consumo en las poblaciones marginales de los pobres. Pero es más fácil perseguir a los indígenas coccaleros de Bolivia o a los cultivadores colombianos que asumir estas preguntas y buscar respuestas coherentes. Así, se proponen soluciones por vía de la violencia sobre los pobres para problemas que son del mercado y cultura de los ricos.

El mercado de drogas es una expresión exagerada y paradójica de lo que en realidad es toda la concepción económica que sostiene al mundo globalizado. Para el sistema neoliberal, la lógica del mercado total, éste es necesario si se ha de asumir la verdadera realización final (casi planteada en términos evolucionistas) de la especie humana, es decir, es necesario afirmar su racionalidad profundamente individualista. Esta expresa su condición "natural". Las teorías económicas que buscan sostener el sistema neoliberal, tienen, entre otros supuestos ideológicos, la idea de que la economía responde a ciertas leyes que se encontrarían impresas, de alguna manera u otra, en la naturaleza humana. El verdadero ser humano, casi al modo hobbesiano, solo existe en profunda competencia con los otros seres humanos, y esta competencia, ominipresente y omnímoda, es lo que organiza la sociedad. El egoísmo permite la vida, y aquello que busca interferirlo y regularlo no hace sino destruirla. El pecado ha sido elevado al lugar de la virtud, y el amor al prójimo es la rémora imposible que solo traería ruina y desazón. El ser humano es, filosóficamente hablando, un ser "para sí". Pero contrariamente a lo que es el "ser para sí" en el marxismo o en el existencialismo, en el neoliberalismo se puede decir que este ser "para sí", no tiene que ver con su conciencia de ser sino con su inagotable egoísmo, un ilimitado afán de posesión. La persona "es" en la medida en que posee. Ser libre es ser dueño. Solo la libre competencia en todas las esferas de la vida produce la verdadera libertad. Esto es un "don" del libre mercado, *thought there is nothing free in the free market* (nada es libre [gratuito] en el libre Mercado. Cualquier interferencia no hace sino alterar las posibilidades de expresión de la persona. Solo quien quiera ser ciego puede ignorar las consecuencias teológicas de estas aseveraciones.

Cuando intentamos organizar las cosas desde otros principios y se ponen reglas ajenas a este juego de intereses, nos dice F. von Hayek, el máximo teórico de esta concepción, solo complicamos las cosas y el resultado es confusión, opresión y miseria⁶. La "invisible mano del mercado" debe ser puesta a salvo de cualquier interferencia. Por lo tanto el Estado (y, por ende, la política) debe ser reducidos a su mínima expresión. Lo mismo los sindicatos, porque coartan la libertad de negociación del patrón y el obrero al incluir intereses corporativos ajenos al mercado mismo (como si el mercado de trabajo subsistiera solo en la contratación individual). Las demás instituciones deben existir apenas lo necesario para que el mercado opere libremente.

⁶ El desarrollo de estos puntos en el pensamiento de Hayek puede verse especialmente en el capítulo primero, "Between Instinct and Reason," de su libro: *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism* (Chicago: University of Chicago Press, 1988). Para una crítica reciente a este pensamiento ver Sung, Jung Mo: *Neoliberalismo y Derechos Humanos*. Buenos Aires, La Aurora, 2019.

El Estado cumple una función policial que garantiza la propiedad de los propietarios (sin indagar como llegaron a serlo), y allí debe terminar su injerencia. “Menos estado, más libertad” es el grito de ese anarquismo de los poderosos⁷.

Por supuesto, representa los intereses de las clases ricas, las que acaparan más del 85% de los bienes y servicios a nivel mundial, aunque solo constituyen menos del 15% de la población. Esa élite global impone sus deseos y modos de consumo al resto. Así, el 85% restante es arrastrado a pensar que la buena vida es consumir lo que consumen los ricos, y quedan cautivos por ese deseo. Es la nueva forma de la esclavitud. En la antigüedad los esclavos estaban encadenados con grilletes de hierro. En el capitalismo industrial, el obrero estaba cautivo por la cadena del salario, que lo sometía a la explotación del patrón. En este capitalismo consumista el instrumento de sometimiento está dentro de la persona, es la cautividad del deseo: la persona es expuesta, a través de la propaganda y la presión social de las ideologías dominantes, a comportarse como un consumidor compulsivo. Consumidor de bienes que nunca podrán satisfacerlo, porque la lógica de la ansiedad instalada es que cuando uno compra un bien ya está apareciendo otro que lo superó y que alienta un nuevo deseo. Y así se establece un *ethos* de una angustia que es contracara de la violencia, y por otro lado se ejerce una violencia contra el ecosistema porque esa matriz de consumo envenena al planeta con desperdicios.

Democracia es mercado libre, afirmaba la administración Bush, e impuso esa “libertad” a sangre y fuego en muchos países (y, aunque menos explícita sigue siendo la política también del gobierno demócrata). Claro, para hacerlo lo hace desde el Estado más poderoso, el más endeudado del mundo, con un aparato militar exorbitante que hace de gendarme universal. Esa conjunción de fuerzas militares, económicas y políticas que se alían en la empresa neoliberal es lo que llamamos “Imperio”. En nombre de la libertad posmoderna, fragmentaria, ese imperio invade países, comete genocidios, y lo llama “daños colaterales”, o combate “al terrorismo” con actos terroristas. Porque una cosa es lo que el neoliberalismo afirma, y otra lo que hacen luego sus beneficiarios. Son los herederos de la hipocresía farisea. El dios Mercado no vive sin sacrificios humanos: sujeción de los vivos a sus políticas de ajustes de hambre y millones de muertos entre los pobres y desheredados del mundo. Porque para ellos defender la vida del pobre es “romanticismo inútil”. Su utopía es un mundo sin utopías, puro pragmatismo. Aunque en el fondo su ideología es una utopía en el sentido negativo: algo que nunca puede tener lugar.

Es que el Evangelio según Hayek, con sus paralelos en M. Friedman y los otros ideólogos neoliberales, es el antievangélico. “Bienaventurados los ricos, felices los poderosos, porque de ellos son los reinos de esta tierra”. El egoísmo es una virtud salvífica y el amor un pecado mortal. El otro es la amenaza a mi libertad. La única preocupación humana debe ser realizar el deseo propio (aunque en realidad sea un deseo inducido por la propaganda, el verdadero “deseo de la carne”, diría el apóstol Pablo). La tensión de los diversos intereses en disputa solo se resuelve mediante el libre juego de la competencia, nos dicen. Y la mano invisible del mercado se encargará de ello. Pero esto trae, a la larga y a la corta, el triunfo de uno de ellos y la aniquilación

⁷ El teólogo y economista alemán radicado en América Latina, F. Hinkelammert, llamó a esta idea de un capitalismo sin estado “anarco-capitalismo”. Véase Hinkelammert, F. (1978), esp. p. 121-126, donde expone las ideas de Milton Friedman.

del otro. Lo que no explica la propuesta neoliberal es que cuando la competencia es por los bienes vitales, perder significa la frustración, el desamparo, morir.

Es decir, el sistema económico genera una violencia “externa” al mismo a partir de la dramática violencia interna, que condena a un sector cada vez más grande de la población a la exclusión. Esa exclusión significa excluir del acceso a los bienes necesarios para el sustento de la vida, más el “efecto demostración” que produce el ver en otros la sobreabundancia de esos mismos bienes. La violencia está instalada como lógica del sistema cuando el delincuente se transforma en tal: si mi vida no vale (y por ello me privan de lo necesario para sustentarla), ¿por qué va a valer la de cualquier otro?, es la lógica siniestra que el sistema ha enseñado.

3. una construcción económica de la violencia. Y esto nos lleva al tercer elemento que quiero destacar aquí (sabiendo que hay otros asuntos que quedan pendientes). Y es que la violencia misma se ha instalado como un factor económico destacado. Esto ha sido así desde la práctica del “botín de guerra” y la captura de esclavos, en adelante. Pero la intensidad de esto se ha multiplicado en el capitalismo a partir de las “industrias de guerra”. No es un dato menor para nuestro tema que el negocio de las armas sea el que más dinero mueve en el mundo. La guerra es un desastre para los pueblos, pero un negocio para los especuladores del campo armamentista. Si una cuarta parte de lo que llevan invertido “los aliados” en gastos militares en Irak, lo hubiera invertido en alimentación, salud, educación, infraestructura, también habría cambiado la política de ese país, pero además hubiera mejorado notablemente la calidad de vida de sus habitantes. Es que la guerra fue estimulada, no por las razones estratégicas alegadas, como quedó en evidencia, y menos aún por supuestas razones humanitarias y democráticas, como es hoy ya obvio, sino por los comerciantes de armas y los mercaderes del petróleo. Pero además por una cultura de la violencia, que es dable observar fácilmente en Estados Unidos. La violencia era indispensable para poder mantener funcionando el sistema de energía occidental, en las cifras que vimos antes. Pero además porque es una lógica instalada en la mente imperial, que se desgrana en hechos de violencia cotidiana.

Recuerdo haber estado en Washington, como profesor invitado, en 1999, cuando se produjo la matanza en la escuela de Columbine. Vi por televisión la conferencia de prensa del presidente Clinton, ese día, indicando a penado que “debemos enseñarle a nuestro jóvenes que no se pueden solucionar los problemas con la violencia, matando gente”. En la misma edición del noticiero, unos minutos más tarde, el mismo presidente justificaba los bombardeos de la aviación norteamericana en la ex Yugoslavia. Al día siguiente, pregunté a mis alumnos cuántos habían visto el mismo noticiero, y eran la mayoría. Cuando pregunté qué particularidad habían notado, nadie pudo identificar la contradicción entre ambas expresiones. La violencia política y económica estaba absolutamente naturalizada, sin ver la profunda conexión que una cultura de la violencia establece entre esa violencia y la de la vida cotidiana.

Aun cuando tuvieran otros modos, la violencia, la demostración de fuerza irreductible y el derecho del poderoso a disponer de la vida de los demás es un dato de la cultura y la mentalidad de Imperio, que gobierna la lógica militar pero también la lógica económica. Por eso la guerra, como forma extrema, pero también otras formas de violencia, son “negocio” y parte insoluble del actual sistema económico. Pero, nuevamente por el efecto de la globalización, la violencia como economía que se impone no deja a afectar a todas las relaciones humanas. Cito nuevamente a Juan Torres López:

“Además, la guerra actual tiene las características de red de casi todos los fenómenos contemporáneos. También la guerra se globaliza y sus daños y efectos de todo tipo se extienden en mayor medida, de manera transversal y sin circunscribirse a espacios y dimensiones sociales localizados. Finalmente, me parece que la guerra comienza a ser un fenómeno mucho más disipado que deja de ser un momento de conflicto para convertirse en un estado permanente de violencia”.

Y esa violencia es negocio para algunos, aunque sea muerte para muchos.

Hacia una cultura de la Paz.

Desde nuestra perspectiva bíblica, la posibilidad de la vida humana depende de una cultura de la paz, en oposición a esta cultura y economía de la violencia. Por cierto que no es posible hablar de una “posición bíblica” sin matices, dado que al interior mismo de la Biblia coexisten distintas percepciones y abordajes de este tema. Desde que la historia humana está entrelazada de violencia, no se puede hablar de ninguna experiencia humana, ni siquiera la experiencia de Dios, que no esté marcada por este elemento.

No me interesa entrar ahora en la estéril discusión sobre si la violencia es constitutiva de la vida humana, el pecado original y el asesinato original en Abel y Caín, etc., o si es fácticamente posible una vida social sin violencia. Parto del hecho evidente de que hoy estamos viviendo en medio de una gran violencia, y que si esos niveles de violencia no son moderados, y si no surge un nuevo espacio cultural capaz de encauzar la violencia, la vida humana toda está en riesgo. La violencia terminará siendo violencia que devora a su propio autor, como advertía Pablo: (Gál 5:13-15) “Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros”. Tampoco podemos desconocer, ampliando el sentido de nuestra definición más allá del ámbito humano, que la violencia hecha a la creación toda (y al ser humano como parte inseparable de la misma), es parte de esta amenaza (Rom 8: 19-23).

Entendiendo la “paz”

En vista de la necesidad de ceñirme al límite de un artículo en un libro homenaje, enumeraré simplemente algunas premisas bíblicas que considero importantes para comenzar a difundir esta “cultura de la paz”, necesaria para nuestra supervivencia como especie. Sin embargo, conviene antes de comenzar con esta enunciación señalar la particularidad que tiene el concepto bíblico de “Paz”, como modo y meta de una construcción cultural.⁸ Paz (hebreo *shalom*; griego *eirene*) es un vocablo denso en la tradición bíblica. Por un lado era el cotidiano saludo de los amigos que se encuentran, el simple reconocimiento del otro: es nuestro “hola” español, el “hi” inglés o el “ciao” italiano. Pero además es el deseo de bien, la expresión de simpatía con que se recibía al huésped, o con el que se anunciaba el visitante. Así lo

⁸ Este estudio breve sobre el significado bíblico de “paz” está preparado en base al estudio bíblico sobre el mismo tema que he escrito para la X Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias, en Busan (Corea), octubre de 2013.

encontramos, de una forma muy especial, en el saludo que el Resucitado ofrece a los asustados discípulos (Juan 20: 19)

Pero no culmina allí su recorrido. El dormir de la muerte también es visto como *shalom* (Gén 15:15). Pero, en su significación más profunda el *shalom* de Dios nos es de muerte sino de vida. Es el anuncio y esperanza del gozo de lo mejor de la vida: las imágenes que adornan la palabra “paz” en los textos de las Escrituras hebreas van más allá del estado de quietud y sosiego que tiene en la tradición occidental. Su recorrido semántico, la pluralidad de significados que la adornan, incluye la idea de plenitud, de bienestar, de prosperidad. El Salmo 128 resume en la paz la descripción de una vida bienaventurada: (si bien debemos reconocer el tono patriarcal propio de ese tiempo) “Bienaventurado todo aquel que teme a YHWH, que anda en sus caminos. Cuando comas el trabajo de tus manos, bienaventurado serás y te irá bien. Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos, como plantas de olivo alrededor de tu mesa. Así será bendecido el hombre que teme a YHWH. ¡Bendígate YHWH desde Sión, y que veas el bien de Jerusalén todos los días de tu vida, y que veas a los hijos de tus hijos! ¡La paz sea sobre Israel!”

Por eso misma la paz nunca será posible en tanto perdure la injusticia: No hay paz sin justicia, ambas se reclaman mutuamente (“La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” –Salmo 85:10). Ambas, paz y justicia, son don de Dios en respuesta a la fidelidad de su pueblo, y se anuncian como la máxima expresión de la voluntad de Dios: “Los montes llevarán paz al pueblo, y los collados justicia” (Sal 72:3). Es parte de la promesa mesiánica: “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de YHWH Sebaoth hará esto” (Isaías 9:7).

Tanto los Salmos como los profetas también observan la infidelidad del pueblo, sobre todo el quebrantamiento de la voluntad de Dios por parte de los poderosos, que tuercen el juicio y conculcan la justicia. Así señalarán a los que anuncian una falsa paz, para ocultar sus crímenes: “No me arrebatéis juntamente con los malos y con los que hacen iniquidad. Ellos hablan paz con sus prójimos, pero la maldad está en su corazón” (Sal 28:3). Lo mismo dice Jeremías, anunciando la inminente ruina de Jerusalén: “Curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: “Paz, paz”, ¡pero no hay paz!” (6:14). Podríamos multiplicar las citas, que parecen tener tremenda actualidad.

Por eso, en la tradición de Israel podemos decir que no hay paz sin bendición, no hay paz cuando el poder comete abusos o cuando el débil es despojado. Una y otra vez profetas y poetas nos recordarán que el *shalom* que Dios propone no es quietud, no es la inmovilidad y el reposo, sino que exige dinamismo, una actividad comprometida con el propósito divino en la creación, una fuerza que sostiene la vida.

Los idiomas occidentales no han cargado a la palabra paz con la misma fuerza. La pluralidad de significados del hebreo no permite una traducción unívoca. Prueba de ello es que los traductores de la versión griega, la llamada “Septuaginta”, si bien suelen usar *eirene* para *shalom*, buscan, de acuerdo al contexto, traducirla con otras palabras: *soteria* (salvación, en Gén 26:31, y otros, especialmente cuando se trata de ofrendas); *hileos* (misericordia, Gén 43:23 y otros); *hygiaino* (ser saludable, en Éx 4: 18; 1Sa 25:6).

Fuera del contexto bíblico, *eirene* indica un tiempo sin conflicto, ausencia de guerra, el acuerdo entre dos personas, bandos o pueblos por el cual se mantiene una

relación estable sin agresión. En otro sentido, pasa a ser más una virtud de cierta quietud o sosiego que permite vivir sin sobresaltos (*ataraxia*). Por eso encontramos en antiguos textos griegos pre-cristianos que la palabra *eirene* va acompañada de otras para completar el concepto: “paz y prosperidad”, “paz y seguridad”, “paz y honor”⁹.

Para ubicarnos en tiempos de Jesús, debemos saber que la palabra Paz era parte de la propaganda política del Imperio Romano. La *Pax Augusta* justificaba el dominio imperial. El lema imperial establecía que esa *Pax* romana era el don (impuesto) que Roma brindaba a los otros pueblos. Esa paz se identificaba con la *Pax deorum*, el acuerdo de los dioses para bendecir con el halago de la victoria a los ejércitos romanos.

Este ideal romano de paz, que fue después copiado por los imperios que le sucedieron hasta el día de hoy, se refleja en la sentencia: *vis pacem, para bellum* (si quieres paz, prepara la guerra). Así justifican los poderosos y los vencedores su aparato bélico. Es el lema que anuncia el sentido abstruso de las guerras preventivas. Según un apologista del mismo imperio romano, Tácito, esta expresión de una paz destructiva se puede oír en la expresión del derrotado jefe bretón Cálgaco, quien afirma que los romanos “donde hacen un desierto, lo llaman paz” (Tácito, Vida de Agrícola, 29-32). Algunos han comparado esto con la hoy difundida *Pax Americana*. Sin embargo, para mantenernos fiel a nuestro tema, habría que señalar una diferencia, ya que en la concepción del imperio de hoy la violencia que pacifica está emparentada con el negocio: “van a imponer un negocio, y lo llaman paz”. El trabajo de Naomi Klein, *La doctrina del Shock*, ha estudiado esto con detalle¹⁰.

Es esto lo que Jesús pone en contraste: la paz que Él ofrece es puesta en contraste con la paz del mundo, la paz impuesta por el “príncipe de este mundo” (Jn 14:27-31). La paz que ofrece el mundo (el imperio) se funda en la violencia, y por lo tanto no es paz auténtica. Esa violencia culminará ensañándose y dándole muerte al propio cuerpo de Jesús. Por el contrario, la paz que Jesús ofrece no se basa en la posibilidad de expresar superioridad, una capacidad de imponer, su habilidad en el manejo de las armas, o un desarrollo de la técnica bélica: se propone como abundancia de vida para todos, como una equidad amorosa, como libertad compartida. No es solo una virtud individual, o una exclusividad de una raza, credo o clase, sino un modo de entender el sentido y meta de la vida humana. Esa paz otorgada a los que en Él confían permite superar el temor de la paz impuesta con las armas. Es la paz que encuentra gozo en la unidad con el Padre, en el amor hacia los hermanos y hermanas como mandamiento. Es la forma en la que el mismo Jesús construye la paz: Él hace lo que el Padre le ha mandado.

El saludo con que el resucitado se presenta a los suyos, según este mismo evangelio (Jn 20:19-23), es justamente un *shalom*, un anuncio de paz que se completa en tres actos: la certeza de la vida como don de Dios a ser anunciada a todos los pueblos (yo los envío), la presencia de un Espíritu que revive la creación (Recibid Espíritu Santo), y la posibilidad del perdón que renueva las relaciones humanas (los pecados que perdonen quedarán perdonados).

⁹ Un estudio más detallado sobre la combinación de la palabra “paz” en los textos griegos puede verse en mi texto de 2012, p. 148-149, donde se alude a otra bibliografía ampliatoria.

¹⁰ Naomi Klein: 2008.

Interpretando el sentido del mesianismo de Jesús, Pablo saca nuevas consecuencias, viendo que el Reinado de Cristo se multiplica en frutos de Paz. Pero este pensamiento alcanza su mayor profundidad en las cartas a los Colosenses y a los Efesios, especialmente en esta última. Allí se llega a su más alta expresión, que se refleja en la afirmación que enuncia: “Él es nuestra paz..., haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca” (Ef 2:14-17). Pero justamente una “cultura de la paz” no es una abstracción, un aura espiritual o una subjetivización religiosa. Necesita proyectarse, como toda cultura, en la esfera de la política y la economía. En el propio texto bíblico el profeta Isaías destaca estas dimensiones.

No hay posibilidad de una cultura de la paz si no se establece un sistema más justo de distribución. Is 32:17: “El efecto de la justicia será la paz y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre”. Hay varias otras citas posibles, tanto en los profetas como en los Salmos, y ciertamente en el Evangelio y las cartas de Pablo, que siguen esta línea de pensamiento. En el Nuevo Testamento esto aparece vinculado con la idea del “Reino de Dios”, que es una figura relacional donde el otro es a la vez sujeto y objeto del amor y la ocasión de la justicia. La violencia, como la hemos definido, riesgo y destrucción de la vida del otro, es, por lo tanto, su opuesto. Así, Isaías marca: (1:21-23) “¿Cómo te has convertido en ramera, tú, la ciudad fiel? Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad, ¡pero ahora la habitan los homicidas! Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua. Tus gobernantes son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos aman el soborno y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda”. En oposición, la justicia es comprendida, en la cultura bíblica, como relaciones de simetría y reciprocidad que aseguran la vida de todos. La paz aparece, en consecuencia, como su fruto: plenitud de vida. Is 1:15-19 muestra esta dimensión como el verdadero culto a Dios. “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer el bien, buscad el derecho, socorred al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. –Venid luego, dice YHWH y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si queréis y escucháis, comeréis de lo mejor de la tierra”.

“La viuda y el huérfano” aparecen aquí como los exponentes más claro del débil y el amenazado. En otros textos se incorporan la referencia al pobre, al extranjero, a otras formas de opresión. La justicia de un sistema económico, en la revelación profética, siempre se mide por la situación del más débil. Estos son los “excluidos” en el vocabulario bíblico. Una cultura de la paz tendrá su centro en la situación de los más desprotegidos, allí donde la vida aparece más severamente amenazada, por que justamente la violencia es la amenaza a la vida. Así anuncia Isaías un texto que luego hará suyo Jesús de Nazaret: (Isa 61:1-2) “El espíritu del Señor, mi Dios, está sobre mí, porque me ha ungido el Señor. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad del Señor”

Como hemos señalado, la violencia, más que en la pobreza, se nutre de la inequidad. El sistema de acumulación que hoy experimentamos, inédito en la historia

mundial, es en si mismo el indicador y la fuente del grado de violencia que un sistema genera. Ya lo advertía nuevamente Isaías (5: 8) ¡Ay de los que juntan casa a casa y añaden hacienda a hacienda hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra? Esta advertencia sobre lo absurdo de la acumulación desmedida de bienes es válida aunque la misma inequidad en la distribución del poder político haga “legal” esta violencia: (Is 10:1-2) ¡Ay de los que dictan leyes injustas y prescriben tiranía, para apartar del juicio a los pobres y para privar de su derecho a los afligidos de mi pueblo; para despojar a las viudas y robar a los huérfanos!. Por el contrario, honrar la vida que Dios ha creado es el verdadero culto al Dios que ha creado el mundo y la vida: (Is 58:6-10) “El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba y tu sanidad se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria de YHWH será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá YHWH; clamarás, y dirá: "¡Heme aquí! Si quitas de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador y el hablar vanidad, si das tu pan al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía".

Desnaturalizar el egoísmo y la violencia: una cultura de la paz

Podría extenderme en estas citas. Pero es necesario pensar la dimensión práxica supuesta en esta visión de fe. Una cultura de la paz debe abarcar muchos aspectos, pero hoy debemos centrarnos en el económico. Crear una cultura de la paz es establecer mecanismos complementarios a la economía, limitando el poder del mercado para asegurar ciertos grados crecientes de equidad. El mecanismo del “mercado total”, contra lo que dicen sus teóricos, ha resultado en el crecimiento absoluto de la acumulación y la exclusión. Es necesario poner límites a la posibilidad de acumulación, a la apropiación por parte de sectores económicos de los crecientes recursos necesarios para la vida de todos. Las experiencias de las privatizaciones desembocaron en mayor corrupción, dado que se están corrompiendo los cimientos mismos de la ética pública. Cito nuevamente a Juan Torres López hacia la conclusión de su escrito

“Combatir a la violencia en cualquiera de sus formas significa construir decentemente la paz, no limitarse a destruir al enemigo que uno mismo ha creado. Y la paz requiere necesariamente otro tipo de relaciones económicas basadas en la igualdad y en el reparto para poder erradicar la miseria y poder dedicar los recursos necesarios, aunque sea a costa del privilegio de los más ricos, a satisfacer las necesidades de todos los seres humanos sin exclusión”.

Desde la fe evangélica no pensamos que nosotros construimos el Reino de Dios. Pero sí sabemos que tenerlo que vivirlo como una dimensión presente en nuestras vidas, personales, y proyectarlo en el ordenamiento social como testimonio de nuestro respeto por la imagen de Dios creada en cada ser humano. Una cultura de la paz es la oferta de una vida renovada, una apelación a superar la violencia mediante la justicia, a descansar en el amor y no en el odio ni la confrontación (aunque lleve el nombre disfrazado de competencia), a respetar que toda propiedad es provisoria, por que el único Señor de todo es el creador, y lo ha puesto al servicio de todas sus criaturas. Reformular la economía no es “romper las leyes naturales”, sino seguir la ley de Dios. Es comenzar a hacer realidad la visión que anhelamos (Is 2:4-5)

“Él juzgará entre las naciones y reprenderá a muchos pueblos. Convertirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación ni se adiestrarán más para la guerra. Venid, casa de Jacob, y caminaremos a la luz de Dios”.

Bibliografía

Agamben, Giorgio: (2008) *El Reino y la gloria* Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Girard, René : (1982) *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama.

Hinkelammert, Franz: (1978) *Las armas ideológicas de la muerte*. (Samanca: ediciones Sígueme).

Klein, Naomi: (2008) *La doctrina del Shock*. Buenos Aires, Paidós.

Meeks, M. Douglas: (1989) *God the Economist: The Doctrine of God and Political Economy*. (Fortress Press)

Míguez Bonino, José: (2013) *Militancia política y ética cristiana*. Buenos Aires, La Aurora.

Míguez, Néstor (2012) : *The Practice of Hope* (Fortress Press)

Musti, Domenico: (1978) *Polibio e l'imperialismo romano*. (Napoli, Ligouri Editori).

Torres López, Juan (2004) “Economía de guerra, economía para la paz,” en *Temas para el Debate* N° 119, Octubre 2004.

Buenos Aires, Enero de 2013. Revisión 2019..